

Y se acostó vestido sobre un colchón atravesado delante de la puerta del rey.
Pero la traición velaba.

III

Hacia las tres de la madrugada la puerta de la casa fué derribada y penetraron en ella ciento cincuenta gendarmes y más de cien hombres de infantería.

No se hicieron tan siquiera las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales subieron al aposento del rey después de haber colocado centinelas en todas las avenidas. Al primer choque Monteleone cayó de rodillas atravesado de tres heridas, pero no por ello soltó su espada.

Ninguno de los cinco oficiales tuvo el triste honor de poner sus manos sobre el rey de Nápoles. Los soldados hallaron sus cinco cadáveres alrededor de Monteleone, desvanecido con la espada en la mano.

Murat escapó por una ventana y no se le pudo coger hasta la playa, después de una resistencia desesperada.

Tú sabes lo demás, hermana, á lo menos por lo que concierne á Murat.

Murat fué juzgado, condenado y ejecutado, en cuarenta y ocho horas. Monteleone fué también condenado por haber hecho armas contra su legítimo soberano.

Pero no hubo una sola persona en el país que creyese en la ejecución de Monteleone, el padre de los calabreses, el bienhechor, el santo, el hombre que más había sufrido por su fidelidad á Fernando, el amigo, el pariente de los Borbones, el hijo de los príncipes de Benavento!

Veinte mil voces—y esto es enorme en aquellos países—se levantaron durante toda la noche alrededor del castillo de Pizzo para reclamar la libertad de Monteleone.

El marqués de Francavilla anunció al pueblo que había mandado un correo á Salerno, donde se hallaba momentáneamente Fernando, para implorar la clemencia real. Entretanto los caballeros no estaban ociosos, sino que organizaban un golpe de mano para el caso en que Monteleone fuese condenado á muerte. Había diez veces más conjurados en torno de Pizzo que soldados de guarnición.

Esperóse dos días y dos noches.

En la mañana del día tercero apareció en el extremo del camino un correo real corriendo á todo escape y agitando una bandera blanca.

No se oyó más que un grito:

—¡Perdón! ¡Perdón!

En efecto, el rey había concedido su perdón.

Los caballeros del hierro se lanzaron al castillo ebrios de alegría: estaban más contentos que si hubiesen salvado á sus mujeres y á sus hijos. Para llevar á su padre á Martorello, habían preparado una camilla adornada con ramos y flores.

Pero en lugar de aquél, depositóse un cadáver en la camilla triunfal. Monteleone había sido asesinado en su prisión; algunos dicen por un hombre que había sido introducido la noche precedente en ella.

Un hombre que llevaba una máscara en el rostro. Los que decían esto añadían que había sido estrangulado con una correa...

Pero ¿cómo creer en esas fábulas que corren entre el pueblo?

Lo único que era verdad, es que había habido un asesinato. La responsabilidad recaía sobre los agentes del rey.

Por el momento no hubo represalias. Una muchedumbre inmensa se agolpó alrededor de la camilla y acompañó al muerto hasta Martorello. En el camino las poblaciones del campo se unían al acompañamiento.

Los funerales se hicieron en el convento del Corpo-Santo de la orden de San Bruno, cuyas antiguas torres dominan la cima del monte. Todo el país, que estaba allí, pudo notar la ausencia de María de los Amalfi, condesa de Monteleone, viuda del maestro.

María había desaparecido.

Al subir el monte Corpo-Santo los seis caballeros del hierro se colocaron delante de la camilla.

Durante el servicio fúnebre no se les vió, pero concluido éste, seis hombres con máscaras en el rostro se adelantaron hacia la camilla donde estaba el cuerpo de Monteleone. Allí extendieron sus manos sobre el cadáver como si hubiesen pronunciado entre sí un silencioso juramento.

En el dedo medio de sus manos se notaba en cada uno de ellos una sortija de hierro. Las seis sortijas eran semejantes.

Lleváronse el cuerpo. Los que pudieron entrar en la bóveda vieron una tumba abierta y encima dos palos cruzados con poleas. Atóse el ataúd á las cuerdas para bajarlo al fondo del sepulcro.

Los seis hombres enmascarados no se movían.

Pero en el momento en que el ataúd quedó suspendido sobre la tumba vacía, extendieron otra vez sus manos. La soga que había empezado á correr se detuvo, y mientras que estas seis manos con sortijas de hierro permanecían extendidas en actitud de prestar juramento, una voz que no se sabe de dónde salía, pronunció estas palabras:

—Damos siete años de vida para vengar á nuestro maestro... ¡La tierra santa no cubrirá su cuer-

po hasta tanto que su asesino haya pagado la deuda de sangre! Esto prometemos con juramento ante Jesús crucificado.

Las seis cabezas enmascaradas se inclinaron.

La multitud se retiró despavorida, en tanto que los grandes órganos de la iglesia entonaban el canto lúgubre *Dies iræ*.

Al otro día eran presa de las llamas el palacio del duque del Infantado y la casa de Francavilla.

Ocho días después en vano se hubieran buscado, en el desierto de Martorello, las huellas del floreciente pueblo que se elevaba alrededor de las fraguas.

Las fraguas fueron destruídas por haberlas heredado Giacomo Doria. Sospechábase que éste y su hijo Loredano habían urdido esta infame maquinación.

Pero Manuel no les acusa.

Al contrario, Manuel afirma que Giacomo Doria y sobre todo Fernando de Borbón pusieron todo su empeño en descubrir al traidor y vengar el asesinato. También añade que si un Monteleone se presentase en la corte sería el primero y principal personaje del reino.

Manuel debe saberlo.

En el presente hé aquí lo que se dice: Los caballeros del hierro juraron la *vendetta*, y se escaparon al monte. Los seis parientes ó amigos de Monteleone tomaron sus carabinas y se hicieron bandidos.

Dícese que todos los años en el día de hoy, 15 de Octubre, las campanas de Corpo-Santo doblan á muerto y que la sombría nave se llena de misteriosos fieles.

Es la función del aniversario de Mario Monteleone, que no está aún vengado...

¡Llanto! El coche acababa de llegar con

pena á la cima de la loma y daba una vuelta para descender al puente del Bréntola.

M. David tosió, se estiró, bostezó y finalmente dejó su postura perezosa.

Luego miró la hora en el reloj.

—Hé aquí una historia bien extraña, señor mío—dijo fijando en Julián sus ojos que parecían más penetrantes bajo la sombra de sus espesas pestañas.

La sorpresa hizo estremecer á Celestina.

—Es una historia que todo el país la sabe—contestó Julián.

—¿Y ese Manuel estaba en Martorello—repuso M. David—cuando acaecieron estos hechos extraordinarios?

Julián calló un momento; su fisonomía, tan dulce un poco antes, adquirió una expresión de sombría altivez.

—Caballero—le dijo en fin,—ese Manuel debe aguardarnos en el camino á algunos pasos de aquí... Los detalles que no he podido suministrar á mi joven hermana, podréis preguntárselos á él mismo.

M. David echó abajo del camino una mirada rápida é inquieta; hubiérase dicho que temía ver en él alguna espantosa visión.

Pero el camino estaba desierto; volvióse á acomodarse en su asiento, y murmuró:

—Al fin y al cabo, á mí ¿qué me importa?

IV

En la carretera real

En la berlina Bautista Giubetti respondía con exactitud á las preguntas de su compañero cuyos modales le inspiraban cierto terror.

—¿De modo que en estos caminos se habla mucho de Porporato?—decía Athol.

—No se habla de otra cosa, excelencia—contestó el conductor.

—¿Y qué se dice de Porporato?

—Cuéntase que es un bandido terrible y fuerte como el trueno... hermoso como un ángel... más valiente y generoso que un león.

—¡Bah!—murmuró sonriendo el joven viajero, —vosotros decís esto de todos vuestros bandidos.

—Desde Rinaldinié que no era hijo de hombre—repuso el conductor con grave convicción,—no se ha visto en toda Italia un caballero semejante á Porporato.

—¿Se ha presentado muchas veces en este país?—preguntó Athol con negligencia.

—Señor, yo no le he visto nunca—respondió Bautista,—pero tampoco puedo decir que no haya venido á este país... Vos sabéis mejor que yo cuánto se daría en Nápoles al que llevase su cabeza.

—Cuarenta mil ducados—replicó el joven viajero.

Bautista guiñó el ojo.

—Esto es lo escrito en los carteles; pero presentaos en la dirección de policía y decid: «¿Cuán-

fo se me daría de plus sobre la prima si yo trajese la cabeza de Porporato?»

—Amigo—interrumpió el caballero,—vos sois á lo que veo mozo muy versado en los negocios... ¿Y es joven ese Porporato?

—Muy joven.

—Quisiera saber dónde está, aunque no fuese más que para evitar su presencia.

—Señor, su dominio es todo el reino de Nápoles. Levanta contribuciones en el Abruzzo y hasta en los Estados de nuestro Padre Santo... Pero su castillo debe estar cerca de aquí, pues la canción dice...

—¡Ah!—dijo Athol riendo,—¿también hay una canción?...

—Hay ciento, pero ésta de que os estoy hablando no se canta sino desde la última primavera:

Quando del intendente de Cosenza
La hija, quiere ver su amigo amado,
Pone blanca señal en la ventana
Y sabe dónde está su Porporato.

¡Diablo!—exclamó el joven viajero;—esto se parece como dos gotas de agua á las historias de Zampa... Apuesto á que ese Porporato sabe tocar la guitarra...

Cada país tiene sus extravagancias de orgullo. El calabrés defiende sus bandidos con el mismo respeto que un marsellés su Cannebière.

—Señor—contestó el conductor un poco amostazado,—ignoro si Porporato sabe ó no tocar la guitarra, pero me gustaría ver un chancero á cien pasos de él, cuando baja á la llanura con su carolina rayada de oro... Apuesto cien carlinos (y eso que no soy rico) á que el chancero se quitaría el gorro...

—Vaya, vaya, mi bravo Bautista—dijo el viajero,—no te enfades... Quizá tienes razón... Sólo quiero preguntarte una cosa: ese Porporato ¿es uno de los *Seis*?

—Si vos sois maestro—replicó el conductor,—¿cómo podéis ignorar esto?

—Soy maestro y lo ignoro, y te ordeno que me contestes.

Athol había recobrado su mirada imperiosa.

—Pues bien—repuso Bautista,—así se creía en la ciudad... Pero cuando el gobierno señaló los cuarenta mil ducados, envió su filiación... y las señas dicen que el bandido Porporato es de veintidós á veintitrés años de edad... El más joven de los *Seis* tiene á lo menos diez años más.

—¿Y vienen á menudo los *Seis* á este país?

—Todos los años el 15 de Octubre.

En este punto el camino formaba como la tangente de esa semicircunferencia figurada por la costa.

—¡Stop!—dijo el caballero de Athol en acento del más puro inglés;—¿por qué ya no me llamas milord?

—Os llamaré como vos queráis, Excelencia—contestó el conductor recogiendo las riendas;—pero no hemos llegado aún al mesón, y antes del puente sobre el Bréntola no hallaréis ninguna casa...

Luego exclamó en tono de sincera admiración:

—¡San Gennaio! hé ahí un gran salto para un caballero.

Athol había puesto pie á tierra de un salto ligero y gracioso.

Después que Bautista le entregó su pequeña maleta envuelta en una gran capa, el joven caballero le echó una onza de oro, saludándole con la mano, y perdióse incontinenti entre las rocas.

El conductor puso los caballos al trote hacia el

fondo del valle, hasta que se detuvieron por sí mismos en el puente de Bréntola.

Era un alto obligado.

Julián y su hermana bajaron del carruaje y entraron en el mesón del Corpo-Santo, situado á unos veinte pasos del camino.

En la sala baja había un hombre como de unos cincuenta años, de fisonomía honrada y dulce, que les aguardaba.

—¡Manuel!—exclamaron á la vez.

El hombre abrió los brazos y les estrechó á los dos contra su corazón.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Mis queridos hijos—les dijo,—mi viaje no ha dado el resultado que esperaba... los poderosos no se acuerdan de los muertos... Pero nos resta todavía un recurso, y esta noche misma sabremos nuestra suerte.

—¿Quién nos la dirá?—preguntó Julián.

—Si el depósito hubiese sido confiado á un hombre, no tendría ninguna esperanza—respondió Manuel,—porque yo no creo en los hombres... pero el depósito está en la tierra.

Fuera del mesón, Bautista se preparaba á dar el pienso á sus caballos.

El hombre del gorro negro de seda asomó su cabeza por la portezuela.

—¡Eh! ¡amigo!

—Señor, voy al instante—contestó el conductor vertiendo su maíz en un cubo que le había traído el posadero de Corpo-Santo.

M. David repuso con acento severo:

—Aquí cuando yo hablo, mando.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Bautista,—Vuestra Excelencia lleva mucha prisa.

—Mi Excelencia viaja por el carbón y el hierro...

Bautista se quitó inmediatamente el gorro

—Hoy es el día...—murmuró acercándose.

—¿Y el comercio va bien, milord?—le dijo.—
El hierro es fuerte y el carbón negro.

—¿Hay cosa más fuerte que el hierro?—preguntó M. David tendiéndole la mano.

—La fe—contestó el conductor que sentía los dedos del viajero hacerle una doble cruz en la palma.

—¿Hay algo más negro que el carbón?

—La conciencia del malvado... Vuestra Excelencia puede mandar.

—¡Enhorabuena!... Harás comer y beber á tus caballos cuando bajaré... llevo prisa.

—¿Y cuándo bajará Vuestra Excelencia?

—Al otro lado del monte... ¡marcha!

Bautista volvió á poner sin replicar la comida de los caballos en el saco de tela que le servía para este objeto.

Los caballos empezaron á subir la cuesta al galope. Pasado un cuarto de hora á lo más, el coche pasaba ante la puerta principal del convento de Corpo-Santo.

Bautista hizo la señal de la cruz: después se volvió para preguntar:

—¿Es aquí?

—Todavía no—repuso M. David.

A una media milla de allí, en la vertiente del monte, había un recodo que dejaba ver de súbito un espacio asolado, donde no se veía señal de habitación.

—¡Detente!—exclamó M. David desde la portezuela.

Luego bajó llevando una capa bajo su brazo.

M. David le volvió la espalda.

Bautista subió otra vez á su asiento.

El coche del conductor de Monteleone aligerado de su carga corría á su placer. Entretanto, nuestro amigo Bautista pensaba en su mujer Gianina

que le esperaba velando la sopa de macarroni, Gianina la bella, la morena. Dos leguas aun: una hora é iba á verla correr á su encuentro con su amorosa sonrisa.

—¡Ah! ¡Colombelli! ¡ah! ¡ah!

De pronto apareció un hombre en la vuelta del camino: era un personaje de alta talla, con una capa parda sobre los hombros. Llevaba una carabina y en el sombrero una pluma.

El camino estaba completamente desierto.

El pobre Bautista tuvo la idea de volver grupas y echar sus *pichoncitos* al galope.

Pero el hombre de la capa sonó una pequeña bocina de metal, pendiente de su cuello, que hizo estremecer á nuestro conductor.

—¡Y van tres!—murmuró.—Hoy es el día.

Luego puso sus animales al paso.

El hombre de la capa se adelantó entonando una tocata, cuyo motivo era la canción de Fioravante,

¡Amici, allegri, andiamo alla pena!...

—¡Bueno! ¡bueno!—murmuró el conductor;— ¡canción de infierno! ¿Cuántas veces he de oirla hoy? ¿Vuestra señoría quiere subir?—preguntó viendo al hombre de la capa detenido en medio del camino.

—Tú eres Bautista de Monteleone—le dijo éste, —y estás casado con una hermosa joven, amigo.

—¡Ah! monseñor—exclamó Bautista;—yo no soy más que un pobre diablo. Tened piedad de mí.

El desconocido dió una gran carcajada.

Era un hombre como un Hércules, de cinco pies ocho pulgadas á lo menos.

—¿Ves—le dijo—mi sortija de hierro? Pero puedes estar tranquilo, camarada. ¡Un hombre leal tiene sangre bajo la piel!

Y largó la mano á Bautista que no había cesado de temblar.

—No te hago la cruz en la palma, ni quiero hablar del hierro, la fe, el carbón y la conciencia del malvado, sino darte un pequeño apretón.

Bautista lanzó un grito de dolor; tan violenta había sido la presión.

El gigante dió otra gran carcajada.

—No hay temor que se me desobedezca cuando se ha sentido la fuerza de mi mano... Vuelve grupas, camarada; tu mujer comerá hoy la sopa sin ti.

—¿Por qué, Excelencia?—preguntó tímidamente el conductor.

—Porque me has de aguardar allá, abajo de la loma, paseándote como un gentil caballero, ó durmiendo en tu coche... Vengo de lejos y estoy cansado. A media noche habré concluído mi tarea, y me conducirás á Monte-Fama. ¡Guárdete Dios!

El gigante echó su carabina á la espalda y entróse en los bosques que guarnecían el camino.

El pobre Bautista quedó en el mismo puesto estupefacto. Después con la cabeza baja y ademán resignado volvió la lanza del carruaje, dirigiendo su tiro hacia el convento de Corpo-Santo.

—Vamos—mis corderos—dijo;—¡paciencia!... Es duro aguardar hasta media noche... Pero ¡á fe mía! que se puede ser calabrés tan sólo por ver un bandido tan buen mozo.

V

Athol en las ruinas

Mientras esto acontecía en el camino, el joven y hermoso viajero que había venido de Palmi, en la berlina de Bautista, descendía la escalera de rocas que guía á la playa y caminaba rápidamente, llevando bajo el brazo la maleta y la capa.

Hay hombres que han nacido para la lucha y armados en cierto modo por la naturaleza; como esas embarcaciones veloces que la política de los Estados y la especulación privada destinan al corso en los mares.

Ese joven que atravesaba la playa con paso ligero y firme y la cabeza alta, tenía en sí algo que le clasificaba en esa familia de predestinados llamados hombres de presa.

Era hermoso como lo son los aventureros, y su cabeza de águila parecía formada para mirar al sol.

Acababa de quitarse su sombrero de alas anchas, y sus cabellos, naturalmente rizados y de un castaño claro con reflejos de rubio, flotaban alrededor de su cuello descubierto; cuello blanco y musculoso, modelo de vigor y gracia.

Una chaqueta de terciopelo negro ceñía su elegante talle y caía en pliegues numerosos sobre sus *calzoni* de paño negro sedán; cubrían éstos en parte unas botas de cuero de Sienna, que subían hasta en medio de la pantorrilla. Un cinturón de seda, negro, anudado flojamente alrede-

dor de la chaqueta, sostenía dos pares de pistolas de caja de ébano.

Su frente era altiva y espaciosa, y del conjunto de su fisonomía brotaba una inteligencia atrevida, y sobre todo ese destello supremo del hombre que debe elevarse fatalmente; el orgullo y la indiferencia.

¡La indiferencia! En el lenguaje de nuestras conversaciones es casi una injuria.

Pero desconfiad de las cosas que nuestras conversaciones desdeñan.

La indiferencia es una especie de fe: ella hace á los aventureros atrevidos y á los hombres fuertes.

Véase, por ejemplo, ese Porporato cuya gloria llenaba positivamente todo el reino de Nápoles. Hablábase de él desde el fondo de las campiñas hasta las ciudades, y no eran por cierto las jóvenes lugareñas las que escuchaban con más avidez las extrañas narraciones de sus proezas.

Entre los bandidos del Apenino, Porporato era como el cedro en medio de los humildes zarzales que obscurece con su sombra.

Nadie sabía su verdadero nombre.

Llamábanle Porporato por su casaca de color de púrpura, á cuya sola vista huían carabineros y gendarmes.

La primera vez que se vió la pluma colorada de su sombrero y que se oyó el ruido de su carabina, fué en Lago Negro. Habíase levantado un cadalso y el sacerdote exhortaba á bien morir á Giovanni Bertuzzio, un proscrito de cabellos canos.

De repente oyóse de la iglesia próxima el sonido de una bocina. La muchedumbre se abrió como el mar al impulso de una proa; guardias y soldados huyeron ó cayeron. Giovanni, que se hallaba ya sobre el fatal tablado, fué llevado en

Brazos por un joven de tez alliva, cuyo falle gracioso tenía una casaca de color de escarlata.

—¡Bravo, Porporato!— exclamó la muchedumbre entusiasmada.

El nombre le quedó.

La casaca de color de púrpura alcanzó un lugar entre esos astros resplandecientes que tachonan los montes italianos.

Al otro día el subintendente de Lago Negro puso á precio la cabeza de Porporato.

El día después, Porporato fué á llevar su cabeza al prefecto, en medio de un baile, en cambio de la prima prometida. Cobró la prima y se volvió á llevar su cabeza. También se llevó los diamantes del subintendente, su caja, y si he de dar crédito á la crónica, su joven mujer que devolvió sin rescate.

Enviáronse tropas contra ese joven caudillo cuya nombradía, nacida ayer, llenaba ya los principados. Trabáronse dos batallas al pie del Apenino.

Porporato salió victorioso.

A contar de esta época los romanos le tomaron bajo su protección. Las guitarras sonaron á su solo nombre. Desde el Abruzzo á la extremidad de las Calabrias, todas las *donne* soñaron con su penacho de púrpura.

Tenía un castillo en la montaña, Dios sabe dónde, Dios y algunas bellas *signoras*, que no querían decir el camino.

La partida de Porporato, compuesta de treinta hombres escogidos, era, según voz pública, invisible é impalpable como su jefe.

Los demás bandidos del Apenino habían hecho grandes esfuerzos para unírsele, pero él los había rechazado.

Lo más particular es que, según las mismas leyendas de este sér misterioso, los confines de la tierra no limitan su poder. Así como los reyes

tienen escuadras para ir á buscar sus enemigos á la otra parte de los mares, Porporato tenía también su marina.

Bien lo sabía el gobernador de Palermo, el cual vió saqueada su ciudad en medio del día, porque se había jactado en la corte de Nápoles de que llevaría á Porporato atado de pies y manos á la cárcel de Castel-Vecchio.

Aquel día una falúa elegante y que parecía burlarse del viento cruzó casi bajo el puente de Palermo. En la popa había una rica toldilla en la cual los curiosos pudieran ver sentados alegremente damas y caballeros en torno de una mesa bien servida. En el centro se hallaba un joven cuya casaca era de color de púrpura...

Pero ¿para qué hablar de bandidos á propósito de Athol? ¿Qué podía haber de común entre un bandido y ese bello joven de mirada ya brillante, ya alegre, ya sentimental?

El sol poniente se inclinaba hacia el horizonte detrás de las islas de Eolo, las cuales parecían nadar en un foco resplandeciente.

Empezaba á soplar la brisa de la tarde, y en el fondo del cielo azul la luna delineaba hacia el sudoeste su delicado creciente. Athol se puso la mano delante de los ojos y miró atentamente hacia alta mar.

—El viento es contrario—pensó,—y aun tenemos dos horas.

Y se dirigió con paso rápido hacia un lugarejo formado por cabañas de pescadores. Había mudado de pensamiento y en sus ojos se notaba un fuego sombrío.

—¿Por qué este camino más bien que otro?—se decía á sí mismo.—No sé... pero aquí hay un secreto. Algo más fuerte que mi voluntad me arrastra á esa vía... ¡Lo que no sé, lo sabré!...

La puerta de la primera cabaña estaba abierta

30119

30119

de par en par; Athol entró, pero no halló á nadie en ella. De ésta pasó á otra que también se hallaba desierta; llamó, pero en vano. En la tercera cabaña, alrededor de la cual florecía un jardín, había un pico y una pala.

Llamó de nuevo, pero tampoco obtuvo respuesta. Admirándose de este silencio le ocurrió un pensamiento.

—Es el 15 de Octubre—dijo para sí;—ya sé dónde están.

Perdida la esperanza de hallar á quien dirigir la palabra tomó el pico y la pala, porque era precisamente esto lo que buscaba, y dejó en cambio una pieza de oro de seis ducados en la alacena.

Luego emprendió otra vez su camino hacia el norte, llevando siempre su maleta bajo el brazo.

Desde el lugarejo hasta la garita del guardacostas que marcaba la entrada del Bréntola en la playa, no encontró una sola persona.

—¡Hé aquí el lugar!—murmuró.—¡Pobre Monteleone el santo!... ¡Si yo hubiese tenido un padre como él!

En lugar de dar vuelta á la roca que forma la punta de esta especie de calzada natural, cuyo obstáculo obliga al Bréntola á correr oblicuamente hacia la playa, trepó hasta una cima y extendió la vista á su alrededor.

De súbito sus ojos distinguieron una falúa que viraba de bordo bajo el viento de Stromboli.

—¡Veamos si tiene buena vista!—dijo con su natural jovialidad. Y ató su pañuelo blanco en la punta del mango de su pico que elevó sobre su cabeza. La brisa hizo flotar los pliegues de esa bandera microscópica.

Algunos minutos después otra bandera negra flotaba en el asta de la falúa.

—¡Bien, Ruggieri, hijos míos, bien! — exclamó

alegremente Athol.—Si cargáis la vela llegaréis á tiempo.—Y como para responder á su señal agitó su pañuelo.

Un instante después descendía de aquella pequeña eminencia y remontaba la orilla del río. Llegado á un punto que dominaba los pantanos, se detuvo. Sacó de su cartera un papel amarillento y cerrado en el que había un carácter de letra muy fino. En la otra cara había una especie de dibujo hecho con pluma, groseramente ejecutado. Parecía un plano.

Athol lo examinó cuidadosamente.

—¡Eran inmensas esas fraguas!—dijo en alta voz.—¡Debían formar una ciudad!... Pero ¿cómo hallarlas allí dentro?... No queda una pulgada de pared sobre el suelo.

Apenas había concluido, cuando observó una masa gris en medio de un bosque de juncos. Acercóse. Era una cruz de piedra excavada en el punto de intersección de las dos ramas, en cuyo hueco estaba incrustada una Madonna.

—La cruz está en el plano—exclamó;—ya tengo un punto de partida; lo demás vendrá por sí mismo.

Y extendió su plano, el que se puso á marcar. Mientras trabajaba decía entre sí:

—Mi corazón late; me intereso en esto más de lo que parece. Sólo así pueden explicarse los esfuerzos que he hecho para hallar ese servidor, ese oscuro Manuel á quien iba dirigida la carta del muerto; y esa alegría pueril que experimenté al deponer bajo su almohada, en el mesón de Salerno, esa carta que guardé siete años como un depósito importuno. Manuel estaba ausente. Cuatro horas estuve aguardándole, hasta que viéndome que no volvía tuve que partir sin verle.

¿Qué hay de común entre Mario Monteleone y yo? ¿Por qué su fantasma me persigue por to:

das partes? ¿Por qué me estremecó al pronunciar su nombre? ¿Por qué su recuerdo es para mí como el de un superior venerado? ¿Me habrá reconocido por su discípulo, él que era tan puro, tan santo? ¿Cómo es que yo, que he disipado tantos tesoros, haya guardado ese papel encontrado por casualidad?

Es que—respondióse á sí mismo,—si no obro contra mi voluntad, obro fuera de ella. Una fuerza que no es mía y que no me es hostil me empuja... y yo marchó... Es el destino... Es Dios, y estoy seguro que me hallo aquí en presencia de alguna cosa grande, bien sea un tesoro, bien un secreto...

Así diciendo oyóse salir de en medio de los cañaverales y de las hierbas agitadas por la brisa de la tarde, un sonido vago y prolongado que remedaba una carcajada. Athol tembló.

El sol se ocultaba tras las cimas de los montes y el crepúsculo descendía rápidamente.

—¿Quién va allá?—preguntó poniéndose de pie. Nadie contestó.

Sólo el viento dejaba oír sus murmullos entre las hojas de los arbustos.

—Cuando se hace el niño—dijo nuestro aventurero,—se es medroso como ellos.

—Veamos—continuó;—el pabellón de recreo estaba en el centro del gran muro, al sudoeste de la fragua... si yo supiese solamente dónde estaba la fragua...

—¡Aquí!—dijo una voz salida de un bosquecillo de moreras, al cual Athol daba la espalda en aquel momento.

De un salto fué al bosquecillo, pero no vió á nadie.

En cambio descubrió hacia la derecha de las moreras, cosa que hasta entonces no había visto,

un vasto paralelogramo delineado al nivel del suelo por hileras de piedra de gran magnitud.

Debíase haber elevado en este lugar un edificio muy considerable.

—¡Duende—dijo en alta voz,—gracias! Si quieres ser un poco complaciente, acabaremos por hallarlo todo.

El viento fresco murmuraba en las ramas de las moreras, pero ninguna voz humana se mezclaba á esos acentos del valle.

Athol trepó á uno de los árboles medio caídos porque la humedad había destruído sus raíces. Allí miró alrededor de sí.

—¡El pabellón de recreo debía estar allá!—dijo fijando su mirada en un montecillo situado entre el bosque y el lugar en que había dejado su plano, el pico y la pala.

—No—respondió la voz del sér visible.

—¿Dónde pues?—preguntó nuestro joven aventurero.

La voz contestó como la primera vez:—Aquí.

Los ojos de Athol siguieron el sonido y vieron con indecible sorpresa una forma humana que parecía de mármol; tan brillante era su blancura.

Parecía una mujer. El crepúsculo lanzaba ya sólo pálidos reflejos.

Esta mujer se hallaba de pie sobre el montecillo, en el mismo lugar donde poco antes había estado Athol.

—¡Quedaos! ¡no huyáis!—le dijo, pues parecía que aquella visión iba á desvanecerse.

Al propio tiempo se dirigió hacia el montecillo, pero no corriendo, sino con ese paso tímido y precavido de que hacen uso los niños cuando no quieren asustar la brillante mariposa objeto de sus deseos.

La visión no hizo el más leve movimiento.

Era en efecto una mujer. A los últimos resplandores del crepúsculo, se la veía alta y bella, cubierta de un vestido blanco y de una especie de velo del propio color.

—Y ¿por qué había de huir, señor?—dijo extendiendo sus brazos hacia Athol.—Vos erais noble y bueno cuando yo vivía... vos me amabais. ¿Por ventura no me acuerdo de las lágrimas de ternura que asomaron á vuestros ojos el día en que nos dimos nuestros corazones ante el altar de la Virgen María en la iglesia del Corpo-Santo? Vos habéis permanecido joven y hermoso, Mario Monteleone... Pero excepto vos, todo ha cambiado aquí de estado; todo está como yo... que estoy muerta!

—¡Una loca!—pensó nuestro aventurero que no estaba de humor para mecerse mucho tiempo con ideas del otro mundo.

La loca, porque realmente era una pobre insensata, repuso con lentitud:

—Conde, no me sorprende que me desconozcas, cuando no conoces tu casa.

El viento hizo flotar el velo sobre su rostro. Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

Athol estaba al pie del montecillo y la contemplaba diciendo:

—¡Cuán hermosa debe haber sido esta mujer!

Pero queriendo al menos aprovecharse de su manía le preguntó:

—¿Estaba aquí el pabellón de recreo?

—Sí—respondió con una sonrisa triste.

Después añadió:

—¿De qué puede acordarse si hasta de esto se ha olvidado?

—Bajo el pabellón de recreo ¿no había una estancia subterránea?—preguntó Athol.

—Una fresca estancia—murmuró la loca;—el día las bodas estaba embalsamada de flores.

—Y si abriese la tierra en el lugar en que estoy, ¿encontraría esa estancia?—dijo el joven aventurero.

—¡Allí!—contestó la loca señalando un lugar con el dedo.

Athol cogió su pico y empezó inmediatamente á trabajar.

La luna, en su primer cuarto, mostrábase entre las ramas de los árboles.

La loca se sentó en el montecillo.

—¡En otro tiempo tú eras fuerte, pero las piedras de la bóveda son tan pesadas!... Y ¿qué vienes á buscar en esta tumba?

Después de una docena de golpes el pico sonó en el mármol.

—¿No hay una entrada?—preguntó Athol con la frente bañada en sudor.

La loca sonrió.

—Yo no lloro nunca...—murmuró;—para esto me ha sido preciso sufrir mucho... sufrir y morir... pero yo me acuerdo... ¿cómo has perdido tú la memoria?

Athol dejó su pico y fué á tomarle la mano. Ella le dejó hacer. Athol tuvo frío como al contacto de una mano de piedra.

—Os suplico—le dijo dulcemente,—que me indiquéis dónde debo trabajar para encontrar la entrada.

La loca le miró con ojos fijos y empañados.

—¡Qué! ¿no te acuerdas? y, sin embargo, tú hiciste tapiar la puerta el día en que dejé de vivir... Quisiste cerrar para siempre el templo de nuestros juveniles amores como en una tumba... ¡Ah! ¡tú me amaste mucho!...

Su cabeza se inclinó sobre su pecho, y sus hermosos cabellos le inundaron el rostro.

—¿Cuáles son los designios de Dios?—murmuró.

ró ella;—el que ahora debía ser un viejo, tiene rizos de seda en torno de una frente sin arrugas...

Luego levantándose:

—¿No eres Mario Monteleone?—preguntó.

Antes que Athol pudiese responder, oyóse un disparo que resonó en el silencio del valle.

Casi al propio tiempo, vibró un sonido lejano, ya fuerte, ya débil, según el capricho del viento que lo traía al fondo del valle de Martorello.

Eran las campanas del convento que doblaban á muertos.

Al ruido del disparo la loca se estremeció violentamente.

Luego se puso á escuchar el sonido de las campanas, frotándose los ojos, como si despertase de un sueño. Su mirada se fijó en el joven aventurero con cierta especie de horror.

—¿Qué es esto?—preguntó Athol.

—Es la venganza—murmuró la loca;—es la oración... ¿A quién vengan?... á un muerto... ¿Por quién oran?... por un muerto...

Y temblaba de pies á cabeza en medio de la más viva agitación.

—El muerto á quien vengan—repuso,—el muerto por quien oran... ¡eres tú!... ¡tú!

Athol la vió bambolear y fué á sostenerla.

—Por ti el asesinato, por ti el doblar de las campanas—murmuró;—ya me acuerdo... hace siete años que te enterraron.

La loca ocultó la cabeza en sus manos.

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!...—exclamó en tres gritos desgarradores;—¡temo no haber muerto! ¡Si sólo estuviese loca!... ¡Hijos míos!... ¿Quién me habló de mis hijos?

El viento dejó oír más fuertes y distintos los sonidos de las campanas.

—¡Allá voy! ¡allá voy!—exclamó la loca á este

llamamiento;—no se empezará sin mí que soy la viuda.

Su vestido blanco deslizóse de entre las manos de Athol: luego desapareció como una visión. Athol que con los ojos la buscaba entre las moreras, vió flotar su largo velo entre las rocas de la costa.

Un instante después había desaparecido del todo. Athol permaneció inmóvil. Sus ojos pensativos se bajaron é inclinó la cabeza.

En esta posición estuvo silencioso durante un buen rato.

—¡Sus hijos!...—murmuró al fin;—tenía hijos... sí... ya yo sabía esto... El mayor estará en la edad juvenil... la niña hacia el término de la infancia. Esta es su madre... la que perdió la razón el día en que tapiaron el mármol de esta puerta!...

Su talón golpeó la piedra, la cual produjo un sonido sordo.

Su pico descansaba en el suelo y Athol se apoyaba en el mango sin pensar en trabajar.

—¿Son vivos ó muertos?—repuso después de un nuevo silencio.—¿Los mataron?... y ¿por qué han dejado vivir esta mujer?

Luego tomó su pico con cólera, pero todavía no se puso á trabajar.

—La primera emoción grave y buena que ha experimentado mi corazón, la debo al testamento de ese santo hombre que es ahora un mártir á los pies de Dios... No iba dirigido á mí; lo poseo por un esfuerzo de mi voluntad, después de siete días y siete noches de estudio por descifrar esta inscripción, escrita en caracteres misteriosos en la pared de la cárcel.

Y sacó de su cartera un lienzo cuadrado en el

cual había escritos unos caracteres extraños, los cuales estaban así dispuestos

RA EL²A⁴A³I³I²A⁴I² L³NRNA³OI² EI³ E²NA³OI²RI³.
NA³I² I²M³O M²NA⁵M² RA OA⁴NI³M²I³I²E²I² DI³I²A⁴A⁴
I² A INE²DOI³A⁴ EI³ RA DNA⁴OI².

Y debajo en caracteres comunes:

«En nombre de Dios todopoderoso, adivina tú mismo ó lleva esos caracteres á uno de los *Cavalieri Ferrai*. Si haces esto, ya seas ladrón ó asesino, Monteleone orará por ti».

—No me dirigí á los *Cavalieri Ferrai*—repuso Athol con victoriosa sonrisa;—busqué: ¡estaba preso é incomunicado!... Hallé el secreto de este misterioso libro mágico y pude leer estas palabras:

La última voluntad de Monteleone está bajo la tercera piedra, contando desde la puerta.

Bajo la piedra encontré la carta dirigida á Manuel con este escrito, en el que el desgraciado Monteleone había delineado el plano de estas ruinas, la misma noche de su muerte.

El escrito colocado bajo la piedra decía así:

«Yo era feliz: Dios me ha herido dos veces en mi felicidad. Se me llevó á mi primogénito cuando, rejuvenecido por el amor de un ángel, me adormecía en el seno de una dicha egoísta... Desperté, y trabajé para los que me rodeaban, pero la cólera del cielo no estaba aún aplacada... Mis hijos, mis dos hijos muy amados, que eran el alma de mi adorada mujer, desaparecieron, llevándose su razón... He visto á los que me amaban, á Bárbara, mi prima, y á los demás parientes, mirarme con piedad, á mí á quien tal vez en otro tiempo envidiaron. De esta manera se portaron los amigos de Job... Ahora que la clemencia de Dios me llama á su seno, porque nada tengo que esperar sobre la tierra, es ocasión

de murmurar?... A los ojos del mundo el castigo que cae sobre mí es injusto, porque muero fiel á Fernando de Borbón, mi señor y mi rey... pero á mis ojos es la espada de la clemencia que me toca.

»Recomiendo mi mujer á mis amigos. La infeliz no sufre, supuesto que ha perdido la razón... Pronto espero verla en una patria mejor...

»Voy á hallar á mis dos hijos si son muertos... mi primogénito sería ya un hombre... y los dos pequeñitos, delicias y martirio de su madre... si son vivos, ¡depáreles la misericordia divina un protector!... Quisiera legarlos á Bárbara, mi compasiva parienta, ó á alguno de mis amigos... Pero Dios permite muchas veces que un extranjero... ¡Les dejo bajo la protección del Salvador y de la Virgen María!...

»A mi primogénito le pido perdón de haberle olvidado un momento, contemplando las otras dos cunas, pero le reconozco en este documento por mi heredero del condado de Monteleone... En caso que el cielo haya conservado su existencia, le doy la tutela de mi viuda, su madre, y de mis dos queridos hijos, su hermano y hermana.

»Aquél á quien Dios encargará el cuidado de ejecutar mi última voluntad, hallará en el lugar abajo indicado lo que tengo de más caro en el mundo: la fortuna y el secreto de Monteleone, el porvenir entero de su posteridad...»

Seguía la súplica de poner en manos de un servidor fiel nombrado Manuel, una carta cerrada que acompañaba el escrito principal, sobre todo en el caso en que el ejecutor testamentario no pudiese cumplir por sí mismo las prescripciones del testamento.

En esas bellas noches de la Italia meridional se puede leer fácilmente á los rayos de la luna.

Athol contempló aun largo tiempo el papel, después que hubo concluido su lectura.

—Para evadirme de la prisión en que murió Monteleone—murmuró el joven aventurero,—tuve que dejar colgajos de mi carne en los barrotes de sus rejas de hierro... pero no dejé este papel... Y, sin embargo, si los que se encuentran allá arriba nos ven, el maestro debe decir: ¡En qué manos ha caído mi secreto que ha dormido siete años!

¡Siete años!—continuó;—entonces era un niño y nada sabía... Ahora he aprendido y sabré aprovecharme de las armas misteriosas que acompañan este escrito.

¡No te quejes, maestro, mi camino es el tuyo!... Si he tardado, repararé el tiempo perdido. Yo soy ambicioso, yo amo: yo quiero elevarme. Si con tu ayuda me elevo, tus hijos tendrán un tutor, tu esposa un firme apoyo... Me apodero de esta porción de tu herencia que consiste en proteger la viuda y los huérfanos... Pero esto es un pacto, maestro, y todo servicio merece un salario; el mío consistirá en tomar tu nombre.

¡Eh! ¡ya os oigo—exclamó bruscamente y con un gesto de impaciencia,—campanas del Corpo-Santo! ¡Ya sé que yo también debo estar allí! Sin mí la fiesta no sería completa... pero tengo tiempo suficiente y á todo atenderé con oportunidad.

Y volvió el papel para consultar el plano, en el que el pabellón de recreo ó de mármol estaba perfectamente marcado. Era una construcción exágonal. El lienzo de pared que miraba al este, se distinguía por una cruz.

—¡La puerta está allí!—exclamó Athol. Y dirigiéndose al lugar indicado, abrió la tierra húmeda á algunos pasos del punto primeramente escar-

bado

Al cabo de un medio cuarto de hora, la cornisa superior de la puerta quedó al descubierto.

Pero entonces comprendió Athol las últimas palabras de la visión. Un enorme canto de mármol, asegurado con cemento de Pozzole, cerraba la abertura.

—¡Mi pico no puede nada contra este obstáculo!—exclamó;—y no tengo tiempo para poner un sitio en regla.

Con ayuda de la pala limitó la abertura. El canto de mármol daba un sonido macizo que indicaba un espesor considerable.

Luego volvió á tomar el pico y á pequeños golpes abrió un agujero cilíndrico que penetraba el cemento y la piedra.

Antes de concluir su tarea, Athol tuvo que enjugarse varias veces el sudor. En un momento dado se estremeció y puso la mano sobre su corazón.

—Angélica—murmuró,—mi corazón late así cuando presiente tu presencia... Angélica debe estar cerca de mí.

Nuestro aventurero ponía sus miras muy altas. Angélica era la hermana del conde Loredano Doria, el más estimado favorito del rey de Nápoles.

Pero las campanas del convento del Corpo-Santo no cesaban de doblar, y ya la punta del pico desaparecía por completo en el agujero abierto por Athol.

Este tomó por la postrera vez el manuscrito y leyó estas líneas que estaban debajo del plano:

«Conjuro en nombre de Dios al que será el ejecutor de mi voluntad, á que antes de entrar en este santuario, jure por Cristo si es cristiano, ó por la cabeza de su madre si no cree en la divinidad del Redentor, que no se servirá del arma oculta aquí, sino por el bien de mis hijos!»

—¡Vamos, viejo conde, alégrate!—dijo Athol con cierta emoción en la voz;—cualquiera que sea el tesoro ó el misterio enterrado por ti tan cuidadosamente, soy cristiano y juro por Cristo emplearlo por la salud de tu posteridad!... ¿Estás contento?

La hora de las fantasmagorías había pasado: la soledad no tuvo voz para responder á éstas palabras.

Pero parecía que el sonido de las lejanas campanas, á pesar de estar doblando por los muertos, llegaba más alegre bajo el ala caprichosa de la nocturna brisa.

Athol abrió su maleta, y habiendo sacado su frasco de pólvora, vaciólo en el agujero que acababa de abrir. Luego sacó fuego del pedernal, y encendiendo una larga mecha de yesca, la hundió en una de las extremidades del agujero. La parte encendida de la mecha colgaba fuera.

Nuestro aventurero se fué al otro lado del montecillo y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos, la tierra tembló y una lluvia de piedras vino á caer á su alrededor.

El valle resonó por largo tiempo con el eco de la explosión; parecía un trueno interminable.

Athol se levantó. El canto de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por esta ancha abertura, alumbraron un gracioso nicho de mármol blanco con paredes guarnecidas de mosaicos.

Athol penetró dentro con recogimiento en su corazón y la cabeza descubierta.

VI

Hermano y hermana

Estos también eran dos niños perdidos, dos niños que no habían conocido padre ni madre.

Pero es imposible hallar en la vida dos infancias más diferentes y que formasen mayor contraste.

Athol, desde su más tierna edad, había sentido rugir la tempestad á su alrededor. Jamás había podido disfrutar del más mínimo reposo: el ruido, el movimiento, las riñas, la orgía, la tienda de los gitanos en la maleza, las cuevas que sirven de madriguera á los contrabandistas, la falda flotando entre las olas: tales eran sus primeros recuerdos.

Después la lucha, el amor precoz, las aventuras...

Para Julián y Celestina nada de todo esto. En el fondo del pasado habían hallado solamente una miseria humilde y triste; después un rayo de tranquilidad alegría, luego la educación austera y claustral.

Llegados á Sicilia en una tarde de invierno, el cielo se presentaba obscuro sobre un mar tranquilo; caía una lluvia fría y fina, y la tierra estaba silenciosa y como cubierta por un velo. Celestina no tenía entonces bastante edad para poderse acordar después de ello, pero Julián conservaba el vago recuerdo de aquel día.

Venían de Francia y les habían dicho que al